



Revista N.º 9
Guayaquil, Ecuador
abril 2024
ISSN: 2697-3596

El altar de la inteligencia artificial

The Altar of Artificial Intelligence

Xavier Gómez-Muñoz

Universidad Complutense de Madrid (España)

xavogomez@gmail.com

RESUMEN

La inteligencia artificial llegó para quedarse. Se habla de ella en todos los ámbitos de la comunicación y de su impacto en la sociedad y la cultura, pasando desde aquella etiqueta unificadora y ambigua que es la «creación de contenidos» hasta cuestiones éticas relacionadas con su impacto en el pensamiento y la escritura, entendida esta última desde una perspectiva semiótica o de producción de sentidos. Este ensayo intenta poner a las herramientas de inteligencia artificial generativa en el puesto que les corresponde, al margen de los discursos tecnófilos, publicitarios o, desde el otro lado, del fatalismo que muchas veces cunde al respecto. Cuestiona la inteligencia de las máquinas, explica su funcionamiento y contrapone conceptos como inteligencia artificial fuerte (o general) y débil (específica) e inteligencia humana. El lector encontrará además en este texto un recorrido breve por las tecnologías de la escritura y sus alcances, desde

la escritura manual hasta la escritura artificial o automatizada, poniendo especial atención en la última, que es sobre la que se discute tanto hoy en día.

PALABRAS CLAVE: inteligencia artificial, tecnologías de la escritura, producción de sentido

ABSTRACT

Artificial intelligence is here to stay. It is talked about in all areas of communication and its impact on society and culture, going from that unifying and ambiguous category that is "content creation" to ethical issues related to its impact on thinking and writing, the latter understood from a semiotic or meaning production perspective. This essay attempts to put generative artificial intelligence tools in their rightful position, apart from the technophile, advertising discourses or, from the other side, the fatalism that often spreads in this regard. It questions the intelligence of machines, explains how they work and contrasts concepts such as strong (general) and weak (narrow) artificial intelligence and human intelligence. The reader will also find in this text a brief tour of writing technologies and their scope, from manual writing to artificial or automated writing, paying special attention to the latter, which is what is discussed so much today.

KEYWORDS: artificial intelligence, writing technologies, production of meaning

En el principio era el algoritmo, y en el algoritmo estaría la inteligencia artificial (IA), y el algoritmo era la IA..., diría el evangelio de la IA si existiera tal cosa. Una inteligencia superior que no se ve, pero muchos dicen que ya existe, se siente, es todopoderosa, potencialmente capaz de destruirnos, incluso, o de favorecernos si la aceptamos. Ya hay quienes le piden consejos personales, le preguntan cómo y en qué invertir, la utilizan a manera de oráculo, esperan de ella milagros. Sobran también predicadores, profetas, locos, detractores..., y mucho *marketing* a favor de tal o cual herramienta creada por esas instituciones de culto, o gigantes tecnológicos, que compiten por su desarrollo.

La carrera por la inteligencia artificial, sin embargo, no es tan reciente. Unos dicen que empezó en 1943, con la publicación de un artículo en el que dos académicos, Warren McCulloch y Walter Pitts, hablaban sobre el modelo matemático de una red neuronal.¹ Otros se decantan por la creación de un modelo estadístico de lenguaje (basado en patrones, sí, otra vez, matemáticos), cortesía de Claude Shannon para descifrar mensajes durante la Segunda Guerra Mundial.² Y hay algunos, más pragmáticos, que apuestan por el año en que Alan Turing se preguntó si las máquinas podían pensar, 1950, con la consiguiente publicación de su famoso test y el diseño de un aparato con capacidad para ser programado, guardar información y hacer cálculos: el tatarabuelo de las computadoras actuales o máquina de Turing.

Con eso le bastó al creador del test y el aparato que llevan su apellido para sentar las bases de un subcampo de la informática mediante el cual unos tantos tratan de imitar (hay quienes dicen que superar) la inteligencia humana, dotar a las máquinas de capacidad para razonar, autonomía o libre albedrío. Antropomorfizarlas, pues, o, dicho de otro modo, otorgar a aparatos informáticos cualidades humanas.

Acuñado hacia 1953, el término redes neuronales ya habla de un proceso basado en «alimentar» a máquinas con datos para que estas «aprendan» a revolver tareas, operaciones, procesos... sin o con poca supervisión de personas, es decir de aprendizaje automático (o *machi-*

1 «Inteligencia artificial: definición, historia, usos, peligros», DataScientest, 10 de agosto de 2022, <https://n9.cl/zqgeb>

2 Knight Center, «IA como tecnología. Módulo 2», video de YouTube, 4:28, publicado el 29 de septiembre de 2023, <https://n9.cl/21ew6>

ne learning). El aprendizaje profundo (*deep learning*) es más reciente y consiste en la creación de redes neuronales artificiales parecidas a las del cerebro humano, pero mucho más complejas que las de antaño, y el procesamiento de grandes cantidades de información³, lo cual vuelve aún más «inteligentes» a aquellos aparatos. Y hay otros hitos tecnológicos, basados en la «conversación» humano-máquina a través de lenguaje natural⁴, que refuerzan esa idea.

El test de Turing, por ejemplo, evalúa la capacidad de una máquina para interactuar con personas. El primer chatbot, Eliza, es de 1966. Un *software* llamado Dragon Dictate permitió a las computadoras reconocer voz humana y tomar dictados en 1995. Deep Blue, de IBM, derrotó al campeón del mundo en ajedrez en 1997. Apple presentó su asistente virtual, Siri, en 2011. Amazon hizo lo mismo con Alexa en 2014. Ese mismo año, Google compró una marca dedicada a automatizar, puertas adentro, los hogares, o Nest. Y así.

Las dudas sobre si la IA podría seguir su propio camino, más allá de si este nos gustara o no, se disiparon en 2016, cuando el chatbot Tay, de Microsoft, empezó a interactuar con usuarios de la entonces llamada Twitter (la plataforma social de la indignación y la ira) y, a menos de un día de su lanzamiento, fue dado de baja por dar respuestas con un tono paranoico, teorías conspirativas e ideas racistas. ¿Aprendió demasiado bien de X? En los años veinte de este siglo, la versión gratuita de ChatGPT hizo otra vez interesante la carrera por la automatización del lenguaje. Aparecieron entonces todo tipo de competidores y ofrecimientos comerciales de IA generativa, basados en grandes modelos de lenguaje, «entrenados» con datos y más datos, capaces de procesar textos, sonidos e imágenes por y para nosotros, los humanos.

Y así, sin aún terminar de resolver todo aquello que es y representa internet, nos asomamos a su versión 3.0. Si la web interactiva (o 2.0) se definió por su capacidad de participación (sobre todo a partir de las plataformas sociales y la facilidad para crear y gestionar contenidos), en la web semántica la IA articula sentidos, interpreta, parafrasea, com-

3 «Inteligencia artificial: definición...».

4 «Comprensión de Lenguaje Natural», Fundación Innovación Bankinter, 15 de noviembre de 2019, <https://n9.cl/kx2o7>

pone... según nuestros *prompts* o pedidos. Y es protagonista de hazañas como, ya dijimos, predecir el futuro con base en patrones determinados a partir de los millones de datos que producimos, diagnosticar enfermedades, influir en nuestras decisiones, opiniones, creencias...

A medida que la IA avanza no será raro, entonces, que sea percibida por cada vez más personas como una tecnología omnisciente, que todo lo sabe (y, si no, lo inventa, «alucina»), (omni)presente en casi todos los ámbitos digitales (desde los asistentes de voz y motores de búsqueda hasta en los traductores de idiomas y sistemas de sugerencias que, anticipándose incluso a nuestros gustos y deseos, nos dicen qué ver, comprar, pensar...), que todo lo puede. Lo siguiente, si hemos de creer en aquello que nos han advertido durante tanto tiempo los autores de ciencia ficción pesimista (que es la que vende), no sería tanto una guerra entre humanos y máquinas, sino una fe tecnológica ciega. Y eso, independientemente de si son muchos o no tantos devotos, sí que da miedo.

¿Máquinas inteligentes, personas más tontas?

El efecto Flynn es un fenómeno, sustentado con pruebas de coeficiente intelectual realizadas por el mundo durante el siglo XX, según el cual la inteligencia humana va en aumento, generación tras generación, conforme lo hacen la civilización, el conocimiento y la cultura.⁵ Cotizaba al alza hasta el último cuarto del siglo anterior en los países con economías fuertes, industrial y tecnológicamente prósperos (en países de América Latina y África todavía lo hace), habría tenido un estancamiento y ahora se habla de un valor negativo⁶ o, sin paliativos, de que la humanidad es cada vez más tonta.

La razón de aquella falta internacional de luces, digamos, no sería una sola. Entre varias hipótesis, los investigadores apuntan al deterioro de los sistemas educativos, déficit en los hábitos de lectura y el auge de

5 James R. Flynn, «The Mean IQ of Americans: Massive Gains 1932 to 1978», *Psychological Bulletin*, n.º 1 (1984): 29–51, <https://n9.cl/rw7j24>

6 Bernt Bratsberg y Ole Rogeberg, «Flynn Effect and Its Reversal are Both Environmentally Caused», *Psychological and Cognitive Sciences*, n.º 26 (2018): 6674–6678, doi.org/10.1073/pnas.171879311

tecnologías que, si bien nos hacen menos difícil la vida, también nos mantienen largo rato ocupados con ellas o entretenidos. Sumar, multiplicar... mental o manualmente ya no es tan necesario, por ejemplo, cuando casi todos tenemos una calculadora en el teléfono. La memoria se ha trasladado a cosas, desde libros y todo tipo de contenedores de la escritura, imágenes y sonidos, hasta internet y aparatos electrónicos (recordar números telefónicos parece más difícil en la era de los *smartphones* y la nube). Y lo propio con respecto al vocabulario de los niños y jóvenes como consecuencia de la escasez de lecturas.

Pero la inteligencia humana, por suerte, es más que un test de coeficiente intelectual o la suma de varios. A estas alturas, de hecho, resulta medio anacrónico hablar de una sola inteligencia. Están la inteligencia lógica-matemática, la inteligencia espacial, la inteligencia musical, la inteligencia corporal o cinestésica, la inteligencia intra e interpersonal, la inteligencia emocional, creativa, colaborativa, lingüística...⁷ Y, por otro lado, investigadores como Jakob Pietschnig, de la Universidad de Viena (autor de uno de los estudios sobre el efecto Flynn negativo), aseguran que las habilidades cognitivas de cada generación cambian según sus necesidades⁸, de modo que no es solo que tal vez ya no necesitemos recordar direcciones o números telefónicos, sino que posiblemente también sea preciso actualizar las formas de medir la inteligencia.

Definir lo que sea que signifique esa palabra nunca ha sido una tarea sencilla. El filósofo y psicólogo alemán Hermann Ebbinghaus dijo, en el siglo XIX, que es la capacidad de combinación y adaptarse a nuevas situaciones. Su colega francés, Alfred Binet, identificó cualidades concernientes, como la memoria, la percepción, la atención y el intelecto.⁹ Howard Gardner fue quien aclaró, durante el siglo XX, que la inteligencia no es una sola y que, más allá de la importancia del pensamiento abstracto, la vida precisa varios tipos de inteligencia, los cuales dependen de factores biológicos, de la vida individual y factores culturales e

7 Bertrand Regader, «La teoría de las inteligencias múltiples de Gardner», *Psicología y Mente*, 19 de abril de 2024, <https://n9.cl/5yeu>

8 Citado por Sergio Ferrer, «No, el ser humano no se está volviendo cada vez más tonto», *SINC*, 20 de junio de 2018, <https://n9.cl/4t5he>

9 Rubén Ardila, «Inteligencia. ¿Qué sabemos y que nos falta por investigar?», *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*, n.º 34 (2011): 97-103, [doi.org/10.18257/raccefyn.35\(134\).2011.2491](https://doi.org/10.18257/raccefyn.35(134).2011.2491)

históricos. O sea, de condiciones que las máquinas no tienen. No obstante, en los años recientes han surgido posiciones opuestas al concepto de inteligencia concebido desde una visión antropocéntrica¹⁰ o, en otras palabras, desde una perspectiva necesariamente humana, y ahí están las inteligencias animales o del reino vegetal para respaldar esa idea. Y, desde luego, la moderada o mucha autonomía para ejecutar tareas complejas de los sistemas informáticos a los que, también desde una perspectiva antropomorfa, llamamos inteligentes.

La IA que escribe en código informático, la que hace por mí un resumen de lo que sea, la que me gana en el Go (que dicen que es más difícil que el ajedrez), la que compone una canción o una imagen, la que me explica algo que no sabía..., no parece tan tonta, sin embargo. Pero no se trata de una «inteligencia», sino de varias, y es en este punto donde cabe la diferencia entre IA fuerte y débil. La primera es general, como la de los seres humanos que quizá no somos tan buenos en el ajedrez o nos demoramos escribiendo un texto, pero nuestra «programación» no se limita a una sola actividad: somos, a diferencia de las herramientas de IA, multitarea. La IA débil (o específica), que es la que corresponde a las tecnologías sobre las que se habla tanto hoy en día, en cambio, se centra en una sola actividad que generalmente cumple bien o de manera aceptable¹¹, sin procrastinar y a velocidades impensables para nosotros, los humanos: la rapidez y su mucha o moderada automatización durante el proceso son sus mayores virtudes. Y eso, en sociedades capitalistas como las nuestras, suena a productividad y dólares.

El desarrollo de una «superinteligencia» informática se supone que está, sin embargo, en camino. Se trata de un futuro hipotético, claro, como todos los futuros vistos desde el presente, en el que las máquinas serían exponencialmente más inteligentes que los humanos, y, de concretarse, estarían en capacidad de crear tecnologías superiores a ellas mismas o «ultrainteligencias»¹², y así, *ad infinitum*, hasta límites

10 J. E. (Hans) Korteling, Gilliam van de Boer-Visschedijk, Romy Blankendaal, Rudy Boonekamp y Alleeta Eikelboom, «Human- versus Artificial Intelligence», *Frontiers in Artificial Intelligence* 4 (2021): 622364.

11 Ramón López, «El futuro de la IA: hacia inteligencias artificiales realmente inteligentes», en *¿Hacia una nueva Ilustración? Una década trascendente* (Madrid: BBVA, 2018), 1-15.

12 Leopold Aschenbrenner, *Situational Awareness. The Decade Ahead* (California: 2024) <https://n9.cl/n7kj4>

que no alcanzamos a ver. O, al menos, eso es lo que muchos temen o auguran, siempre y cuando consigamos primero solventar la creciente demanda de energía que el desarrollo de las tecnologías de IA generativa requiere hoy en día¹³, o se logren energéticamente más eficientes, en un contexto (vale recordarlo) de crisis climática. Es decir, especulando desde esa misma orilla, quizá podría salvarnos el clima.

No hay que olvidar, no obstante, que hasta ahora ninguna máquina piensa realmente (todavía). La inteligencia artificial, incluso la de tipo generativa, pronostica. Es una cuestión matemática, de probabilidades. ¿Recuerdan el modelo estadístico de lenguaje (basado en patrones matemáticos) de Claude Shannon? Pues a partir de grandes cantidades de información, redes neuronales artificiales y el desarrollo de la informática actual, los sistemas de IA generativa predicen (palabra por palabra, pixel por pixel, sonido por sonido) un texto, una imagen, una melodía... en función de nuestros pedidos y los patrones que identifican en enormes bases de datos: lo más probable es que después de tal palabra vaya esta otra, porque así se ha resuelto en la mayoría de textos (o imágenes o sonidos) a los que tengo acceso, diría una IA si pudiera pensar en voz alta. Y, ya sea porque han sido «alimentadas» con mucha información o porque además acceden a lo que está disponible en internet, la efectividad de sus respuestas (insisto: basadas en patrones) hace que parezcan cada vez más lógicas, cada vez más inteligentes.

Descartar el aporte de las tecnologías (no solo informáticas) al conocimiento y la inteligencia humana, sin embargo, tampoco es la opción más inteligente. En un texto titulado «Comprensión y razonamiento del lenguaje humano», Christopher Manning recuerda que el poder del lenguaje hizo posible lo que él llama una inteligencia social, conformada por la conexión entre cerebros humanos: unos dicen o escriben cosas (a veces cosas inteligentes), muchos escuchamos, leemos, y gracias a eso, el conocimiento y la civilización.¹⁴ El término «inteligencia colectiva» fue acuñado por Henry Jenkins para referirse a una inteligencia establecida por muchas otras que participan en internet,

¹³ Aschenbrenner, *Situational Awareness...*

¹⁴ Christopher Manning, «Human Language Understanding & Reasoning», *Daedalus* 2 (2022): 127-138, doi.org/10.1162/daed_a_01905

las wikis, plataformas sociales... y contribuyen, de una u otra manera, al conocimiento y la cultura.¹⁵ Y en la web semántica o 3.0 dependemos de «inteligencias» no humanas que, mal gestionadas, pueden hacer la tarea por nosotros o, vistas con otros ojos, convertirse en aliadas creativas que nos ayuden a hacer y pensar.

De modo que una forma quizá más realista o humilde de entender la inteligencia sea a través de la colaboración¹⁶ o, por último, de un momento histórico en el que inteligencias biológicas y artificiales cooperan, se entrelazan y tejen (más que nunca, de maneras cada vez más complejas) un mismo camino.

Y ahora la escritura automatizada

La palabra «texto» proviene del latín *textus* que, según los entendidos, significa tejer, trenzar, entrelazar. Escribir es entonces tejer con palabras, ir formando un entramado de significados, poquito a poquito, puntada tras puntada: ordenar pensamiento o, lo que es lo mismo, lenguaje. Editores de imagen, como Photoshop, y de sonido, como Auto-Tune, ya habían facilitado la tarea en sus respectivos ámbitos mediante algoritmos, pero no existía una herramienta que corrija y automatice de manera efectiva la escritura. Aquello cambió con la IA generativa. Es decir: si para escribir antes se necesitaba una biblioteca física y con Google, Bing o cualquier otro motor de búsqueda casi todos podemos pasar por eruditos desde el teclado, la escritura automatizada pronostica o, según muchos creen, escribe por nosotros y a veces, incluso, lo hace de manera más o menos coherente.

No se trata, no obstante, de un avance gratuito. Para llegar a eso tuvieron que pasar poco más de seis mil años, un tiempo en el que la humanidad fue de las más rudimentarias formas de la escritura manual (desde las primeras tablillas de barro que sirvieron como registro de la

15 Henry Jenkins, *Convergence culture. La cultura de la convergencia de los medios de comunicación* (Barcelona: Paidós, 2008).

16 J. E. (Hans) Korteling, Gilliam van de Boer-Visschedijk, Romy Blankendaal, Rudy Boonekamp y Alleta Eikelboom, «Human- versus Artificial Intelligence», *Frontiers in artificial intelligence* 4 (2021): 622364.

escritura en la antigua Mesopotamia o escritura cuneiforme, los jeroglíficos...) a la escritura mecánica que fue posible con la imprenta y la máquina de escribir, a la escritura digital de la que me sirvo ahora para hacer este texto y a la escritura automatizada o artificial. Esto último por obra de las herramientas de IA generativa.

Cada una de esas tecnologías (porque la escritura, como dice Walter Ong, es tecnología¹⁷) convive, se mezcla, interactúa... con las tecnologías que le precedieron y las que le suceden.¹⁸ ¿Ejemplos? Aún se toman apuntes y se escriben cartas a mano, incluso hay quienes consideran aquella forma la más personal de la escritura. Sobra decir que se siguen imprimiendo libros, periódicos, revistas... y que el teclado de la máquina de escribir (además de la pantalla de la TV) fue heredado a la computadora. La escritura digital es hipertextual, multimedia (escribimos también con imágenes y sonidos), interactiva... Y el simple hecho de usar algún corrector ortográfico como el de Word, el del teclado de algún teléfono celular o hacer búsquedas en internet ya implica cierta automatización o uso de IA, aunque el resultado final se entregue en una hoja impresa o escrita a mano.

¿Qué más implican estas tecnologías? *Grosso modo*, la escritura manual atiende a cierta corporalidad o desarrollo de habilidades psicomotrices, dadas por el contacto entre la mano (técnica), el lápiz o bolígrafo (instrumento) y el papel (soporte) o la superficie que fuera. Con la máquina de escribir, nos recuerda Friedrich Kittler en su libro *Gramophone, Film, Typewriter*, liberamos nuestra atención del recorrido de la mano sobre el soporte (papel) y, una vez que aprendimos la técnica de la mecanografía, logramos dejar de ver el teclado mientras escribimos, con lo cual los mecanógrafos más duchos lograron escribir casi a la misma velocidad con la que hablamos o tomar dictados: con la máquina de escribir llegamos a la escritura automática.¹⁹ La escritura digital nos acostumbró a copiar y pegar, nos dio facilidades para corregir (si algu-

17 Walter Ong, *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra* (México: Fondo de Cultura Económico, 1987).

18 Xavier Gómez-Muñoz, «Tecnologías de la escritura y narrativas en periodismo. De la escritura mecánica a la escritura digital» (tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2023), <https://n9.cl/xd7bv1>

19 Friedrich Kittler, *Gramophone, Film, Typewriter* (California: Stanford University Press, 1999).

na vez usaron una máquina de escribir saben de lo que hablo) o editar, tantísimas fuentes de consulta en la web e incluso traducciones, y ya dijimos que es multimedia, hipertextual, interactiva... ¿Con la escritura artificial o automatizada qué está pasando? ¿Le estamos entregando la tarea de ordenar pensamiento o la producción de sentido a sistemas no humanos?

A vuelo de pájaro todo indicaría que, sistemáticamente, sí. Los resultados de ese tipo de escritura, sin embargo, son aún textos sucedáneos o reemplazables, homogeneizados en cuanto estructura y contenido.²⁰ Útiles, sin duda, en algunos ámbitos de la comunicación o como acercamientos, síntesis, resúmenes, pero precisan de artesanía, si no durante la redacción, corrección o refinamiento de *prompts* (hay que tener «marco teórico» incluso para eso, si no se entiende lo que se pide a la herramienta se nota en el resultado), sí en el momento de validarlos, verificar la información o datos, alternar un orden para la estructura, complementarlos con experiencias propias, documentales, ajenas o reportería (la máquina no reporta todavía): encontrarles un sentido, en definitiva. Y para eso, más allá de que la figura de redactor, escritor, escribiente o como queramos llamarle estaría cambiando por la de *prompteador* y de que las herramientas de IA generativa mejoran rápidamente, hace falta oficio o maña. O, dicho en términos editoriales, la última palabra antes de publicar es todavía humana.

Se ha hablado también bastante de cuestiones éticas vinculadas al uso de herramientas de IA generativa como, por ejemplo, lo que entendemos hasta ahora por plagio, de cómo están cambiando la noción de originalidad y autoría individual (ahora acompañada o potenciada por IA), de la urgencia en cuanto a todo tipo de acuerdos y regulaciones internacionales en torno a su uso, de la privacidad de los usuarios y sus datos, de las fuentes de empleo de quienes escriben y otros oficios creativos ya automatizables, del desarrollo de habilidades compositivas y, por ende, de su impacto en la pedagogía, y así. Pero no hay que olvidar que, pese a la capacidad de encandilar de esta y otras tantas tecnologías,

20 Antonio Fernández, «La inteligencia artificial puede ejecutar un texto pero no ser artesana de la escritura», *El Economista*, 30 de julio de 2023, <https://n9.cl/7i5h0>

su aporte es sobre todo sintáctico (en cuanto a conseguir una gramática que funcione) y productivo (más y más rápido), no semántico: la atribución de sentido, ya sea en la escritura o cuando leemos, es una cuestión cien por ciento humana. Dicho en otros términos: aunque parezca, la IA no «teje» todavía, infiere a partir de una noción estadística, «adivina», y entrega paráfrasis o, mejor dicho, entrega (a veces buenas, otras veces malas) interpretaciones. Encargarles aquella poca o mucha asignación de significados (dependiendo del grado de automatización y artesanía de cada texto) a sistemas no humanos, esa responsabilidad de organizar no solo información, sino pensamiento e incluso, en cierto tipo de relatos, emociones, es lo que deja al final una sensación de culpa, trampa o impostura, muchas veces aun cuando se transparenta el uso de inteligencia artificial a los lectores.

En un artículo titulado «ChatGPT es un JPEG borroso de la web», Ted Chiang utiliza la figura de un archivo comprimido para hablar de los textos producidos por IA generativa. En la copia de un original, la compresión de un archivo ZIP o los audios o imágenes que se compactan para ahorrar espacio, por ejemplo, al momento de subirlos a las plataformas sociales o enviarlos por WhatsApp, dice Chiang, generalmente se produce una pérdida de fidelidad que, en ocasiones, incluso puede pasar desapercibida. Con la escritura artificial pasa más o menos parecido. Los sistemas de IA generativa acceden a grandes cantidades de información disponible en bases de datos e internet, la procesan estadísticamente, pero no ofrecen resultados fidedignos con respecto a la información original (para eso están los motores de búsqueda tradicionales y los enlaces que nos entregan), sino que analizan patrones y ofrecen una suerte de comprimido de ese universo que es internet: una «copia pixelada o borrosa» según la metáfora de Chiang, versiones con pérdida, no fidedignas, de menor calidad..., por lo que el autor se pregunta (medio retóricamente, claro): si ya tenemos los originales a disposición en la web, para qué queremos copias de menor valor.²¹

La respuesta más obvia a esa pregunta seguramente no tiene mucho que ver con la calidad de los textos, sino con producir más y más

²¹ Ted Chiang, «ChatGPT is a Blurry JPEG of the Web», *The New Yorker*, 9 de febrero de 2023, <https://n9.cl/orkbs>

rápido: volumen y velocidad, con ser más productivos. Lo siguiente sería cuestionarse por qué alguien querría que un sistema informático «hable» por él o ella, y la respuesta (también más obvia) sería porque posiblemente está convencido de que no solo puede ahorrarle tiempo y esfuerzo, sino hacerlo mejor. En ambos casos estamos pensando en la IA como una herramienta suplantadora, no como aliada, es cierto, y ya dijimos que puede ser ambas. De todos modos, ya que los sistemas de IA generativa dependen de la calidad de la información con que han sido «entrenados», cobra especial importancia en ese sentido la selección o curaduría de lo que procesan: en la mayoría de casos, información original. Y lo mismo pasa con los datos, información, significados... con los que nos «alimentamos» los humanos. No hay que olvidar que, si la inteligencia puede ser cooperativa y tecnológicamente mediada, la estupidez también puede, y que aquello siempre ha sido independiente de que venga a través de pantallas, piedra, oralmente o en papiros.

Bibliografía

- Ardila, Rubén. «Inteligencia. ¿Qué sabemos y que nos falta por investigar?». *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales* 34 (2011): 97-103. [doi.org/10.18257/raccefyn.35\(134\).2011.2491](https://doi.org/10.18257/raccefyn.35(134).2011.2491)
- Aschenbrenner, Leopold. *Situational Awareness. The Decade Ahead*. California: 2024. <https://n9.cl/n7kj4>
- Bratsberg, Bernt y Ole Rogeberg. «Flynn Effect and Its Reversal are Both Environmentally Caused». *Psychological and Cognitive Sciences* 26 (2018): 6674-6678. doi.org/10.1073/pnas.171879311
- Chiang, Ted. «ChatGPT is a Blurry JPEG of the Web». *The New Yorker*, 9 de febrero de 2023. <https://n9.cl/orkbs>
- DataScientest. «Inteligencia artificial: definición, historia, usos, peligros». DataScientest, 10 de agosto de 2022. <https://n9.cl/zqgeb>
- Fernández, Antonio. «La inteligencia artificial puede ejecutar un texto pero no ser artesana de la escritura». *El Economista*, 30 de julio de 2023. <https://n9.cl/7i5ho>

- Ferrer, Sergio. «No, el ser humano no se está volviendo cada vez más tonto». *SINC*, 20 de junio de 2018. <https://n9.cl/4t5he>
- Flynn, James R. «The Mean IQ of Americans: Massive Gains 1932 to 1978». *Psychological Bulletin* 1 (1984): 29-51. <https://n9.cl/rw7j24>
- Fundación Innovación Bankinter. «Comprensión de Lenguaje Natural», Fundación Innovación Bankinter, 15 de noviembre de 2019. <https://n9.cl/kx207>
- Gómez-Muñoz, Xavier. «Tecnologías de la escritura y narrativas en periodismo. De la escritura mecánica a la escritura digital». Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2023. <https://n9.cl/xd7bv1>
- Jenkins, Henry. *Convergence culture. La cultura de la convergencia de los medios de comunicación*. Barcelona: Paidós, 2008.
- Kittler, Friedrich. *Gramophone, Film, Typewriter*. California: Stanford University Press, 1999.
- Knight Center. «IA como tecnología. Módulo 2». Video de YouTube, 4:28. Publicado el 29 de septiembre de 2023. <https://n9.cl/21ew6>
- Korteling, J. E. (Hans), Gilliam van de Boer-Visschedijk, Romy Blankendaal, Rudy Boonekamp y Alleta Eikelboom. «Human-versus Artificial Intelligence». *Frontiers in Artificial Intelligence* 4 (2021): 622364.
- López, Ramón. «El futuro de la IA: hacia inteligencias artificiales realmente inteligentes». En *¿Hacia una nueva Ilustración? Una década trascendente*, 1-15. Madrid: BBVA, 2018.
- Manning, Christopher. «Human Language Understanding & Reasoning». *Daedalus* 2 (2022): 127-138. doi.org/10.1162/daed_a_01905
- Ong, Walter. *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. México: Fondo de Cultura Económico, 1987.
- Regader, Bertrand. «La teoría de las inteligencias múltiples de Gardner». *Psicología y Mente*, 19 de abril de 2024. <https://n9.cl/5yeu>